

Biblioteca-Films
DOLORES DEL RIO



Biografía

25 cénts.

Propaganda

Rosa Paxual



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, NÚM. 256 - BARCELONA - APARTADO 707
Sociedad General Española de Librería - Calle de Barbará, número 16



DOLORES DEL RIO

BIOGRAFÍA
DE
DOLORES DEL RIO
POR
HARRY BALTYMORE

En Alemania.-Intento de una intervención. - En América.-En casa de Dolores del Río. - Su viaje. - España. - Su afición por los bailes españoles.-Como ingresó en el arte mudro. - El motivo de su divorcio. - No volverá a casarse.

En Alemania.—Intento de interviú

Ha pasado cerca de un año y los recuerdos de aquella noche permanecen en mi mente con esa minuciosidad de detalles que deja siempre en nuestra memoria los momentos felices de la vida. Hace un año, aproximadamente, y al recordarlo me parece que fué ayer cuando conocí por primera vez a Dolores del Río. Había leído su nombre en infinidad de revistas y diarios; había oído hablar de ella como de una de las revelaciones más importantes del arte mudo, y, sin embargo, a pesar de mis grandes relaciones en el mundo cinematográfico, todavía no había cruzado una palabra con la gran actriz que meses después había de hacerme sentir una de las emociones más fuertes de mi vida.

Fué en Berlín, en la "Alhambra", la simpática sala de la Kurfürstendamm, donde aún parece quedar efluvios de la fragancia que dejó a su paso por ella Dolores del Río... Fué en el mes de septiembre último, al proyectarse en la pantalla la cinta "Ramona", cuando

la imponente mejicana asistió una noche a la representación. El público, que esperaba su aparición con verdadera impaciencia, dispensó a la linda mejicanita una ovación clamorosa, evidenciando la simpatía que le inspiraba. Los mexicanos residentes en Berlín se sumaron al homenaje a su ilustre compatriota, llenando primero las localidades del cine, escasas para tanto público, y cubriendo materialmente de flores el escenario donde se presentó a los espectadores la protagonista de "Ramona". Después de unos números de conciertos interpretados por artistas mexicanos, y antes de empezar la proyección del film, el notable tenor, también mexicano, señor Herrera Vega, cantó admirablemente la popular canción californiana "Ramona", que es "leitmotif" del acompañamiento musical de la cinta, adaptado para la proyección.

Momentos después entró Dolores del Río en la sala y ocupó un palco, entre el ministro de su país y su esposa, rodeada de personalidades del cuerpo diplomático hispano-mexicano, acreditado en Berlín. La acompañaban también varios caballeros norteamericanos, irreprochablemente vestidos de frac, y cuando la gentil artista avanzó, sonriendo, el público, puesto de pie, irrumpió en una ovación ensordecedora, resultando un momento de verdadera emoción.

Mi viaje a Alemania era por pocos días.

Mi misión se refería únicamente a hacer una información de la industria cinematográfica alemana, y para facilitar mi labor había acudido a un compañero de Prensa e íntimo amigo mío, el cual, con una amabilidad que nunca podré agradecer en todo lo que vale, fué facilitándome el acceso a todos los estudios, me relacionó con las primeras figuras del cine alemán y a los dos o tres días de estar en Berlín era yo casi una personalidad en el mundo de las figuras silenciosas.

—Ya ves cómo recibimos aquí a vuestras artistas—me dijo con cierto orgullo mi compañero—. Supongo que en América no habréis hecho más por ella.

—No te puedo decir nada respecto a lo que en América se haya hecho con Dolores del Río—le respondí—porque da la casualidad de ser una artista a la que no conozco personalmente. He oido hablar de ella, y eso es todo.

—¿Cómo? — exclamó mi amigo, admirado—. ¿No conoces a Dolores del Río?... Pues ahora mismo te la presento.

—Hombre... verás—balbuceé, temeroso de ser indiscreto—. No creo que sea este el momento más propicio... Repara que está acompañada y tal vez sea molesta para ella esta presentación.

—Nada de eso—respondió mi compañero—. Conozco a Dolores del Río y sé que

jamás se incomoda con quien, como nosotros, se dedica a emborronar cuartillas.

Seguimos en esta forma nuestra conversación, hasta que, al terminar la película, y después de haber sonado las últimas palmadas con que fué despedida la artista, mi amigo me cogió del brazo y, empujando a un lado y a otro, pudimos llegar hasta donde estaba la gentil actriz.

—No sabe usted lo que me ha costado poderme abrir paso hasta usted—exclamó mi amigo a modo de saludo, cuando estuve frente a ella—. He tenido que luchar con todo el público que se halla estacionado para verla salir.

—¡Por Dios!—exclamó, visiblemente emocionada Dolores—. Son ustedes demasiado complacientes... ¡Jamás hubiera creído tener una acogida tan benévolas del público alemán.

—Nosotros somos así—respondió mi compañero—. Cuando una artista vale, la aplaudimos hasta hacernos daño en las manos, y cuando es lo contrario...

Aquí se detuvo un poco, sin atreverse a declarar su pensamiento y terminó diciendo: —Bueno, cuando es lo contrario... pues... hacemos lo contrario de aplaudir... ¿Me entiende? Pero vamos a lo importante. Mi interés por acercarme a usted es para presentarle a un compañero mío y casi compatriota de usted..., a mi amigo Harry Baltimore,

—Harry Baltimore... Harry Baltimore—respondió ella, como recordando—. Es un nombre que le he oído bastante.

—No me extraña—me apresuré a decir yo, entrando de lleno en la conversación—. Soy algo conocido en Hollywood y en Los Angeles, como redactor cinematográfico.

—Entonces lleva razón su amigo: somos casi paisanos. Usted, americano; yo, mejicana—respondió, sonriendo, la artista.

—Perdone usted — me apresuro a replicar—. Harry Baltymore es un seudónimo; pero yo soy español.

—¿Español? — exclamó con vivo acento Dolores del Río, en el que se adivina una franca alegría, empleando desde aquel momento nuestro bello idioma—. Entonces somos más paisanos que lo éramos antes. No sabe usted la alegría que me produce. A mí me gusta hablar mucho de España.

—Pues si no fuera atrevimiento, le rogaría que me concediese unos momentos para hablar de España y de... usted, de su vida artística, de sus gustos, en fin, de todo eso que tanto interesa al público.

—Ah, vamos—exclama sonriendo—. Usted lo que quiere es hacerme una interviú, ¿verdad?

—Lo ha adivinado usted.

—Pues lo siento, amigo mío. Pero mañana marcho a Hollywood y ahora es demasiado



Dolores del Río en su obra cumbre "Resurrección"

23.12.2012 201

tarde. No obstante, le prometo contarle todas esas cosas que usted quiere saber cuando nos encontremos allá.

—Muy agradecido y acepto el ofrecimiento —contesté, a la vez que besaba la fina mano de la artista, que me ofreció gentilmente.

En América.—En casa de Dolores del Río

Han pasado varios meses. Mis ocupaciones de fin de temporada no me habían dejado un momento libre para dedicarlo a Dolores del Río, cuando una tarde recibo una carta del director de la popular editorial “Biblioteca Films”, de Barcelona, hablándome del éxito obtenido por Dolores del Río en “Resurrección” y la conveniencia de obtener de ella una interviú. “El público la ha hecho su artista predilecta”—me dice entre otras cosas—“y todo lo que a ella se refiera interesa extraordinariamente al público de España.

Dejo la carta sobre el tablero de mi mesa y busco inmediatamente en el listín la dirección telefónica de Dolores del Río.

—¿La señora del Río?—pregunto segundos después.

—Sí, aquí es—me responde una voz que estoy seguro que no es la de la artista. Hay que hacer notar que Dolores del Río posee una voz tan melodiosa, de tan dulce acento, que es difícil confundirle, cuando se ha oido, aunque sólo sea una sola vez.

—Soy Harry Balthymore y quería tener una entrevista con ella—continúo diciendo a mi desconocida interlocutora.

—Espere un momeno, que voy a preguntárselo—me vuelven a decir desde el otro aparato.

Pasa un momento y, al cabo de él, volvemos a ponernos en comunicación y me dice:

—Mi hija me encarga que le diga que pude de venir dentro de media hora.

—Muy agradecido a su bondad, señora—exclamo, dándome cuenta de que se trata de la madre de la “estrella” con quien sostengo mi conversación.

Continúan esas frases de cumplido, obligadas en toda despedida con una señora, y me dedico a acicalarme un poco para acudir a casa de la célebre “star”. He hecho el cálculo de la distancia que me separa de la residencia de la artista y calculo que en un taxi (si no hay ningún pinchazo, ni ningún guardia que nos detenga más de lo debido en cualquier cruce) tardaré, aproximadamente, quince minutos.

Y, en efecto, antes del tiempo señalado por

Dolores del Río, me encuentro llamando a la puerta de su casa.

Le he entregado mi tarjeta a un criado; ha entrado con ella, ha salido después, me ha hecho pasar y, después de todos estos trámites, heme aquí bis a bis con la gentil protagonista de "Resurrección".

Nos hallamos en una coqueta salita, en la que tanto su mobiliario como su decorado refleja un depurado estilo artístico español.

Le hago constar mis observaciones sobre la naturaleza de todos los objetos que adornan la estancia y me responde sonriendo:

—Tenga presente que soy mexicana y que, por consiguiente, siento todo lo de España como cosa propia, la quiero como si fuera mi tierra nativa.

Verdaderamente, todo en Dolores del Río parece español. Viendo a Dolores del Río se recuerda al tipo de mujer española andaluza, que, al decir de los críticos, es el tipo más castizo de mujer española. La figura de la actriz recuerda en todos sus detalles a la grácil y fina del tipo oriental; pero, sin embargo, en su rostro se observan los rasgos característicos de la mujer iberoamericana: los ojos gachones y rasgados en forma de almendra, nariz roma, boca de labios gondizuelos y sensuales, pómulos un poco prominentes, el cabello negro y brillante y los ojos pardos, de color de oro viejo.



Dolores del Río en "Ramoncín"

Dolores del Río, ante mi observación, exclama con esa innata coquetería propia de toda mujer:

—¿Qué tal le parezco?

—¡Admirable!—respondo—. Pero no comprendo su pregunta.

—Pues es muy sencilla—dice, riendo alegramente—. Ustedes, los periodistas, son para mí lo mismo que los pintores, con la sola diferencia de que mientras éstos nos pintan con pinceles, ustedes emplean las estilográficas... Todo es cuestión de colores.

Ante el ingenio de la simpática “vedette”, no puedo por menos que confesar mi conformidad con sus apreciaciones, y procurando cambiar la conversación para llevarla por el terreno que a mí me interesa, le digo:

—Vengo a felicitarla por el éxito que ha obtenido en España y a preguntarle unas cuantas cosas que le interesan mucho a aquel público.

—Le agradezco la felicitación y estoy preparada para contestar a todas sus preguntas.

—¿A TODAS?—le pregunto, intencionadamente.

Ella sonríe y me dice:

—A todas... las que se pueda contestar. Eso depende de su discreción. Empiece usted, señor “confesor”.

—¿Dónde nació usted?

—En Durango (Méjico), hace ya...

—¿Cuánto ha dicho?—me apresuro a preguntarle al ver que se calla.

—¿Ve usted?—replica—. Esta es una pregunta a la que le es muy difícil contestar a una mujer, y, sobre todo, si esa mujer es artista, como yo. Ponga usted veintidós años y se habrá aproximado a la verdad más que muchos.

—¿Su afición al arte nació en usted desde muy pequeña?

—Si he de decirle la verdad, jamás pensé en dedicarme a esta profesión. Yo sentía, desde muy joven, una gran afición al baile... ¡Ah el baile! ¡Cómo me entusiasmaba!... Aunque nunca les dí a entender a mis padres esta afición mía, porque sus ideas eran completamente contrarias, a pesar de que yo hacía de ellos lo que quería, era lo que verdaderamente se dice una niña mimada... ¡Los disgustos que les dí cuando estuve en el convento!

—Pero... ¿usted...?

—No, hombre, no. No ponga esa cara de extrañeza—me ataja Dolores del Río, riendo a más no poder y adivinando mi pensamiento—. Yo jamás pensé en ser monja. Me tiraba demasiado la vida para encerrarme en un claustro.

—Entonces... ¿acaso sus padres?

—Mis padres, lo que hicieron fué educarme en el convento de San José.

Y al hablar la linda mejicanita de este pe-

riodo de su vida, sus ojos brillan con tal fuerza, que me impulsan a preguntarle:

—¿Fué usted muy feliz allí?

—¡Mucho! ¡Como no lo volveré a ser más!

—exclama con toda la sinceridad que puede sentir un alma tan completamente ingenua y sencilla como la de la actriz—. Todas las maestras me querían mucho por mi constante alegría y mi carácter franco, ajeno a toda preocupación; pero, no obstante, me castigaban muy a menudo.

—¿Era usted traviesa?

—Más que traviesa: revoltosa. Continuamente tenía en revolución a mis compañeras con mis diabluras.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en el convento?

—El tiempo imprescindible en aquella época para obtener una completa educación, como correspondía a una señorita de la buena sociedad. Desde los cinco a los catorce años.

La conversación se interrumpe por un momento, pensando yo, fiado por la alegría de su charla, en lo feliz que se siente esta mujer deliciosa, aclamada por todos los públicos, y tal vez sintiendo íntimamente el goce de vivir su fama.

Su viaje a España.—La afición por los bailes españoles

—Terminados sus estudios, ¿a qué se dedicó usted?—le pregunto para reanudar la conversación.

—A viajar. Ya le he dicho que mis caprichos eran órdenes para mis padres. Sentí el deseo de conocer Europa y meses después me hallaba en el otro Continente.

—¿Qué países recorrió usted en su primer viaje?

—Primero, fuimos a Inglaterra; luego, a Francia; después, a Alemania, y, por fin, a España.

—Parece que dice usted eso de “por fin a España” con cierta satisfacción.

—Naturalmente porque conocer España era el deseo más grande de mi vida. Para nosotros, los mexicanos, España es nuestra patria grande. Todos, pobres y ricos, no piensan en otra cosa que en hacer este viaje. Es la ilusión de su vida, hasta el punto de que muchos, cargados de años, van a conocerla.

—¿Qué le pareció *nuestra patria*? Dolores del Río, antes de contestar, levanta

sus hermosos ojos hacia el cielo, quizá queriendo hacer la comparación de las bellezas de nuestra tierra con las que debe haber allá arriba, y exclama finalmente:

—Cuanto le diga es poco. Mi entusiasmo y admiración fué mucho mayor que mi deseo. Nunca podré olvidar la emoción tan inmensa que sentí al verme bajo el azul de su cielo, incomparable con el de ninguna otra nación. La admiración que en mí produjo la variedad y belleza de sus paisajes y la satisfacción al comprobar que el temperamento español era tan igual al nuestro fué infinita.

—¿Qué fué lo que más le gustó de España?

—En España me gustó todo; pero más que nada el baile—me responde la artista—. El verdadero baile español, ese que por allí le llaman ustedes "flamenco". ¡Qué ritmo, qué garbo, qué brío tienen esos bailes!... ¡Ríen y lloran al mismo tiempo!

—¿Y aprendió usted a bailar?

—Con una facilidad pasmosa, aunque esto sea pecar de inmodestia. Los aprendí todos: sevillanas, boleros, seguidillas, fandangos, absolutamente todos. Luego, en Méjico, tuve un gran éxito en las fiestas a que asistíamos.

Cómo ingresó en el arte mudo

—¿Y cómo viviendo en ese ambiente de aristocrática mundanidad, pensó entrar en el Cine?

—Yo no pensé nunca en dedicarme a este arte—exclama Dolores del Río ingenuamente—. Fué la casualidad, únicamente la casualidad, la que me ha traído a él.

—Pues bendigamos a la casualidad por tan excelente presente y déme algunos pormenores de cómo fué, porque han de ser curiosos.

—No tiene nada de particular; son como los de la mayoría de los artistas de la pantalla. Pero antes de empezar mi confidencia, si es que queremos llamarla así, es preciso retroceder un poco atrás.

—Empíeze usted por donde quiera—le digo—, que yo le prometo no interrumpirla, seguro de que cuanto se refiera a su vida ha de ser interesantísimo.

Dolores del Río sonríe angelicalmente y, después de unos segundos de silencio, empieza diciéndome:

—Al volver de España, ya le he dicho antes que tuve un gran éxito con los bailes que allí había aprendido. En todas las reuniones se me obligaba a bailar, y yo, que no deseaba

otra cosa, complacía a cuantas personas me solicitaban. Llegó a tal punto mi fama de "bailaora", que casi se puede decir que era el plato fuerte de las fiestas. Mis padres ya se estaban cansando un poco de tanto baile; pero, sin embargo, conseguía de ellos que me dejaran bailar. En una de estas fiestas me vió bailar un muchacho de la buena sociedad mejicana, Jaime Martínez del Río, y se enamoró de mí. Para qué contarle ahora toda la historia de nuestro noviazgo. Fué... como el de todos los jóvenes y con el epílogo del matrimonio. En plena luna de miel, Edwin Carewe, que vino por aquél entonces a Méjico, le propuso a mi marido que trabajase en el Cine. La proposición, cuando la supe, no pudo menos que hacer gracia; pero sin pensar nunca que el deseo del director llegase a tener confirmación poco después.

—¿Desconfiaba usted de tener cualidades para este arte? —le interrumpo, a pesar de mi promesa.

—Estaba segura de que no servía —me responde sinceramente Dolores—. Pero, por otra parte, sentía la curiosidad de comprobarlo, de ver mi imagen reflejada en la pantalla. Y conseguí el permiso de mi esposo para que me dejara hacer la prueba.

—¿Cuál fué su primera producción?

—“Ioanna”. ¿Recuerda usted de esta película?



Dolores del Río y Jack Mulhall en "La Muñequita Milenaria"

—En efecto —respondo, forzando un poco mi imaginación—. Me parece que pertenecía a la First National.

—Sí; se hallaba dirigida por Carew, que era productor para esta marca. Después, bajo la misma dirección, interpreté otros dos films: “La vida alegre” y “Camarada ante todo”.

—¿Es cierto ese malhumor constante que dicen que tiene este director?

—No lo crea usted; éas son habladurías de los descontentos. Yo puedo asegurarle to-

do lo contrario. Carew ha sido mi guía y mi maestro más tenaz en este difícil arte.

—¿Le gustó a usted su trabajo en estas producciones suyas?

—No me disgustó del todo y empecé a creer que tal vez llegaría a destacar entre las artistas que se dedicaban a este arte.

—¿Y cuál fué la película en la que su personalidad adquirió más relieve?

—En varias—responde inmediatamente—. Pero la primera fué en “El precio de la gloria”, de la Fox. Luego, para esta misma compañía, interpreté otras cintas: “La Virgen del Amazonas” y “Ninguna otra mujer”.

—Me parece que se deja usted otra, de la que se ha hablado mucho.

Dolores del Río se detiene un momento, como haciendo memoria, y, al fin, exclama:

—¡Ah, sí! “Los amores de Carmen”. No le he hablado de esa película porque no me halle muy satisfecha del trabajo que en ella hice.

—No obstante, ha sido un éxito en donde quiera que se ha presentado—me apresuro a decirle.

La artista calla, sin querer responder a mi pregunta, y continúa su deliciosa charla diciéndome:

—Pero entre todas las películas que he filmado nunca podré olvidar “Resurrección”.

No creo que ninguna de mis obras pueda superar a ésta.

—Recuerdo perfectamente la admirable “Maslowa”, de Tolstoy, que usted supo darle vida de un modo inconcebible. Si el pobre Tolstoy la hubiese conocido no me cabe duda que hubiera dicho que la “Maslowa” de usted era superior a la creada por su imaginación. Sin duda, sería ésta la creación que ha hecho con más cariño.

—No; nada de eso—exclama—. Ha sido la mejor, pero la que he hecho con más cariño ha sido “Ramona”. En “Ramona” puse toda mi alma, mi vida entera estaba puesta en la creación del personaje del famoso vals. “Ramona” era para mí algo sobrenatural. La creía como algo que me pertenecía, y es que en las notas de música láguida y melodiosa, como un suspiro, me parecía ver retratada el alma y el sentir de mi pueblo.

—¿Cuál es su última producción?

—La última que he impresionado se titula “La senda del 98”.

—También para los Artistas Asociados?

—No; esta película pertenece a la Metro Goldwyn Mayer. Como creación artística, me parece una de mis mejores producciones.

—Favorable, desde luego—me apresuro a responderle—. A una artista como usted, consagrada por las masas, nunca se le regatea el aplauso.

Ella sonríe a mi galantería y vuelvo a pre-guntarle:

—¿Cuál es su artista favorito?

—Advierta usted que me pregunta "mi favorito", pero no el "mejor".

—Desde luego, esa ha sido mi pregunta. No comprendo su aclaración.

—Es que para mí todos son muy buenos amigos y no quiero herir susceptibilidades declara Dolores del Río, dando una muestra de su tacto—. Pues para mí, el artista favorito es Ronald Colman. Lo he visto trabajar varias veces y su labor me ha entusiasmado siempre.

—¿Y del bello xeso?

—De bello sexo, como usted dice, todos... No, no me pregunte más, porque nada le diré sobre este particular—me dice interrumpien-do el gesto que yo hago.

—Volvemos a hablar de varias cosas sin im-portancia. Del que se prepara para la pró-xima temporada, de la actividad que hay en los estudios, mientras que una doncellita nos sirve el te.

Yo estoy encantado de estar al lado de es-ta mujercita, en cuyos ojos se lee toda la fo-gosidad de su alma, y bendigo el momento en que al director de la "Biblioteca Films" se le ocurrió hacerme el encargo de visitar a Dolores del Río.

El motivo de su divorcio.—No volverá a casarse

Cuando terminamos de tomar el te me atrevo a hacerle una pregunta que varias ve-ces he intentado durante el curso de nuestra conversación, y le digo:

—¿A qué se debe su divorcio?... ¿Acaso han sufrido ustedes alguna decepción en su matrimonio? ¿Interviene para algo el Cine en él?

—Nuestro divorcio—me responde la actriz, visiblemente emocionada—, es debido únicamente a incompatibilidad de caracteres, que existe entre Jaime y yo. Nuestra primera se-paración temporal creímos que sería una ayu-da para arreglar nuestras desavenencias, pero estuvimos separados cuatro meses y no hubo ningún resultado favorable. Pero puede usted decir que continuamos siendo muy buenos amigos.

—Según tengo entendido, se ha dedicado a la literatura por entero?—le pregunto.

—Sí, y yo creo que le espera una brillante carrera. Ya ha escrito varios trabajos, que han sido favorablemente acogidos, y tengo la seguridad de que sus esfuerzos serán co-ronados por el éxito.

—Desde que se divorciaron, ¿no han vuelto ustedes a verse?

—No hemos tenido tiempo para ello. Yo estoy dedicada completamente a mi trabajo ante la cámara, que ocupa prácticamente todas mis horas, y Jaime está dedicado a sus trabajos literarios en Nueva York, donde probablemente permanecerá hasta que vaya a Europa a ver a su madre.

—¿No le acompañará usted en ese viaje?

—No. Yo permaneceré aquí, continuando mi trabajo cinematográfico, pues he firmado un contrato para hacer varias películas con diferentes casas y que requieren varios años.

—¿Y no ha pensado usted todavía en contraer nuevo matrimonio?

—Eso es una locura que jamás ha entrado en mis cálculos. Yo me he divorciado de Jaime, pero no me volveré a casar con nadie.

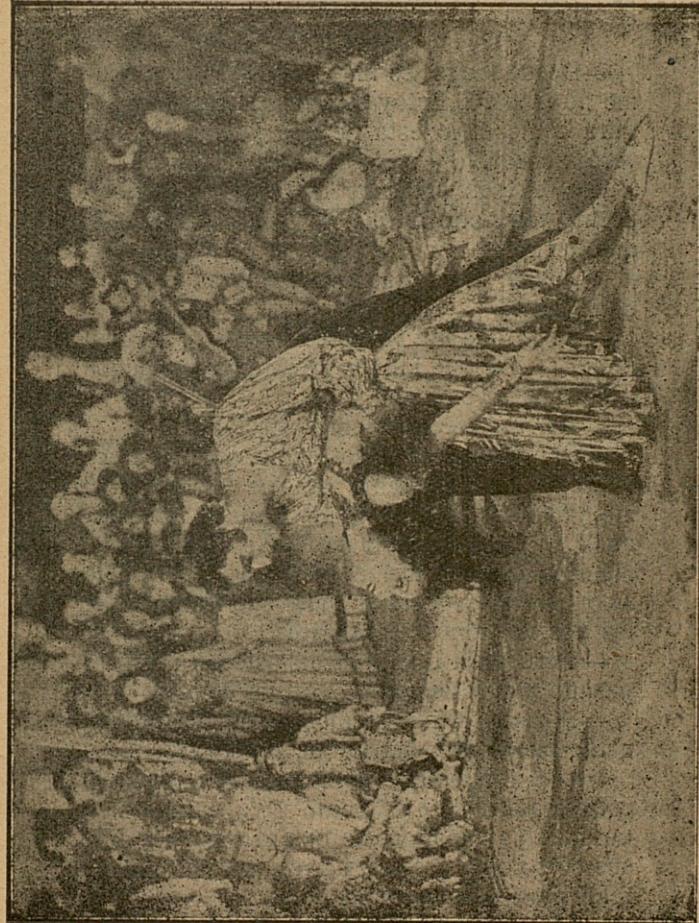
—Sin embargo, andando el tiempo...

—Nada de eso. Le aseguro que no tengo la menor intención, y tengo la confianza de que mi esposo abriga igual sentimiento.

—¿Sentiría usted, acaso que él se casase?
—le pregunto maliciosamente.

—Estoy segura de que no lo hará. Conozco a fondo a Jaime y sé que es hombre incapaz de cometer una acción semejante—me responde con energía Dolores del Río.

—Sin embargo, convenga usted conmigo que es una cosa correntísima.



Dolores del Río en su nueva producción "Venganza"

—Desde luego, es muy corriente; pero Jaime no la hará. Estoy segura de ello. Tan segura como él lo está de que yo no me volveré a casar.

Hay en sus palabras tanta seguridad, un acento tan extraño que no puedo por menos que decirle:

—¿Sabe usted que sus palabras me dan una idea?

—Sé lo que me va usted a decir—me responde—. De que tal vez Jaime y yo volvamos a unirnos, ¿verdad?

—Así es, efectivamente—declaro.

—Por ahora, ya le he dicho que no. Pero tenga usted en cuenta de que Jaime y yo nos amamos. Ha sido mi primero y único amor, y yo lo he sido de él. Es más: sé que me ama de igual forma que yo a él, pero esto sólo es una seguridad para que ninguno de los dos volvamos a casarnos.

—Pero para que vuelvan ustedes a unirse pasado algún tiempo.

—Pasado algún tiempo—exclama ella—nadie puede predecir lo que ocurrirá.

Veo el interés que demuestra por alejar la conversación de este punto y ya que ha sido tan amable conmigo, no quiero aparecer ante sus ojos como grosero o indiscreto y miro mi reloj para separarme de ella.

—Una última pregunta y la dejo en paz—le digo.

—Usted dirá.

—¿Qué opina usted del cine hablado?... ¿Cree usted que llegará a progresar?

—Indudablemente. Los experimentos realizados han sido muy halagüeños y las películas sonoras son un hecho que ya nadie discute.

—No obstante, algunos artistas saldrán perdiendo con este nuevo procedimiento. Habrá muchos que actualmente son favoritos del público y que tal vez, al dejar oír su voz, caigan del pedestal en que se hallan colocados.

—No lo crea usted. Este inconveniente ya está subsanado. Hay algunos artistas cuyo timbre de voz deja mucho que desear, pero para este caso se ha procedido al empleo de un doble, y que el público no advierte. Supongamos, por ejemplo, que yo tengo una voz desagradable.

—Pero advirtamos que es una suposición falsa la suya—me apresuro a interrumpirla.

—No discutamos ahora eso. Le digo que supongamos que yo tengo una voz desagradable, pues esto no implica para que continúe siendo la heroína de los films, valiéndome de un “doble” cuya voz armoniosa la percibe el público imaginándose que es la mía. Para ello, la persona que deba hablar se coloca en un lugar oculto y yo no tengo más que ir modulando las frases y el sonido con

las de la persona oculta, que es la que las pronuncia.

—De esa forma, todo está previsto—exclamo al conocer este procedimiento, que era para mí desconocido—. ¿Usted ha filmado alguna película sonora?

—Estoy impresionando actualmente dos, que todavía no tienen título definitivo; pero le aseguro que en ellas no interviene ningún “doble”.

Al fin y al cabo, Dolores del Río es mujer y no ha podido por menos que hacer esta afirmación en su defensa. Yo comprendo su aclaración y me abstengo de hacer manifestación alguna. ¿A qué mujer le gusta aparecer desagradable, aun cuando tenga la convicción, como Dolores del Río, de que no lo es?

—Entonces, ¿usted cree que el film sonoro prosperará?—le pregunto.

—Tengo la seguridad de ello. La prueba está en la aceptación que ha tenido en cuantas partes se ha presentado. Claro está que esto no implica nada para que la película muda siga su curso. Hasta ahora, por regla general, las cintas sonoras están hechas de forma que también pueden ser mudas.

—¿Podría usted explicarme eso?

—Probaré a ver si puedo darle una idea, aunque sea a la ligera.

Yo presto oído porque, desde luego, es un



Dolores del Río en su nueva producción "Venganza"

asunto que no deja de ser interesante para todo buen amante de este arte, y Dolores del Río comienza diciéndome:

—Mire usted: la película sonora es idénticamente igual que la muda. En uno de sus lados, y ocupando un espacio de unos milímetros, hay una especie de trepado que permite la introducción del viento en el aparato parlante. El sonido que produce es muy débil para que pueda ser oído por todos los espectadores de un sala, y para ello, detrás de la pantalla, o en un sitio conveniente, pero siempre ocultos, se colocan altavoces con el fin de que la voz y la música se amplifiquen. Desde luego, las figuras en el film sonoro, si se fija usted un poco, advertirá que son más pequeñas que en las otras, y esto es debido a que disponen de menos espacio de celuloide. Ahora bien; si uno de los tataños de la cinta se rompe o se desgasta produce un sonido verdaderamente desagradable, al mismo que produciría un piano en el que tocaran varias teclas a la vez sin armonía alguna. Pero la misma cinta, cambiándola de aparato y proyectándola con uno vulgar, puede ser proyectada en la misma forma que una de las corrientes. Creo que la explicación no ha sido técnica, pero que usted la habrá comprendido.

—En efecto—le contesto, a la vez que me pongo en pie para despedirme de ella—. Su

explicación me ha bastado para que me dé una idea bastante exacta de lo que es el film sonoro. Agradecidísimo a ella y, además, por su amabilidad en decirme las otras cosas, que tanto interesan al público español.

—Pues todavía tengo que decirle otra—exclama, a la vez que me tiende la mano—. Y ésta quiero que no se le olvide.

—¿...?

—Que para pronto pienso hacerle una visita.

Y yo, querido lector, cumple el encargo de la famosa artista anticipándote que pronto verás en persona a la heroína de "Resurrección", a la vez que te cuente todas las cosas que ella me ha contado de su vida.

HARRY BALTYMORE

Hollywood, jul 10 de 1929.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

Coleccione Ud. la Selección de FIMLS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gis
Ruperto de Hentzau	Lew Cody
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardére	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La mujer que supo amar	J. Barrymore
La fiera del mar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jannings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhelie
El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaicín
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Titánic	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Bánky
Lances del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Novarro
La vida privada de Helena de Troya	R. Cortez
La rosa de California	Luis Alonso
Noche trágica	Jacobini
La frágil voluntad	Gloria Swanson
El jardín de Alá	Alice Terry
Tres pecadores	Pola Negri
La espía de la Pompadour	Liane Haid

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707.-Barcelona

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MEJÓN

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS FRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEA

ILUSTRACIONES DE BOSCH

PORADA A TODO COLOR

32 PAGINAS DE TEXTO

PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Precio:
25 cts.
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona